

HISTORIA DEL PENSAMIENTO

HISTORIA DEL PENSAMIENTO

Volumen IV
Los tiempos modernos

Hacia Marx

Nietzsche y la crisis del lenguaje filosófico

La situación de tránsito entre siglos

Hacia la situación actual

Ediciones Orbis, S.A.

Auguste Comte: «Orden y Progreso»



(Archivo Orbis)

Los románticos aristócratas brasileños que lograron que la bandera de su país llevara el lema "Ordem e Progresso", expresando así su deseo de mostrarse incorporados a la cultura del mundo civilizado, ejemplifican con claridad el destino histórico del sueño de Auguste Comte (1798-1857): nunca fue real. Tal vez por eso, porque fue un sueño, se convirtió en bandera del mundo occidental y se concretó siempre en parodia. Tal vez por ello, el propio Comte, que partió con el deseo de hacer una "física social", acabó predicando la "Religión del Gran Ser": comenzó como riguroso científico y acabó como sumo sacerdote.

El secretario de Saint-Simon

Comte fue un alumno aventajado de la Escuela Politécnica, fundada por Napoleón en el marco de la reforma de la enseñanza de inspiración en-

Arriba, retrato de Comte sobre la bandera de Brasil, uno de cuyos elementos es el lema *Ordem e progresso*, que remite a dos conceptos fundamentales de la filosofía de Comte. Como Saint-Simon, Comte vio su pensamiento convertido en religión, que, por su ritual más sobrio y respetable, desplazó al saint-simonismo en países como Inglaterra. El comtismo, concepto que en este aspecto cabría separar del positivismo, arraigó más en países extranjeros, especialmente en Brasil, que en la propia Francia.

ciclopedista. En la Politécnica cuajaron fácilmente las ideas saint-simonianas, y de allí saldrían docenas de ingenieros, futuros militantes de la secta. Comte mismo fue secretario de Saint-Simon durante siete años, trabajando conjuntamente en proyectos como *Plan de travaux scientifiques nécessaires pour reorganiser la société* (1822). Saint-Simon vio en el joven politécnico aquello que precisamente le faltaba a él: una formación científica y tecnológica seria, sistemática, académica y global. Su formación le sería muy útil para añadir a sus grandes intuiciones y su extensa experiencia.

La ley de los tres estadios

De aquella colaboración salió precisamente la idea central de la filosofía de la historia que aportara el positivismo: la ley de los tres estadios.



Surgió del trabajo en común, como reconoce Comte, pero sería éste quien la expusiera sistemáticamente elaborada en su Cours de Philosophie Positive, cuyos seis tomos fueron publicados de 1831 a 1842.

Esta ley permite representarse la historia de la humanidad como un largo camino lineal con tres etapas o estadios: el teológico, el metafísico y el positivo. Cada estadio viene determinado por la forma con la cual el hombre se representa al mundo; es decir, cada una de esas fases corresponde a una manera de pensar la realidad, a una forma del espíritu. La historia se identifica con la historia del espíritu, y por tanto es racional en su ritmo y en su fin.

En el teológico, llamado "régimen de los dioses", se persigue un conocimiento absoluto; las preguntas se dirigen a las causas últimas de las cosas, se recurre al animismo, a los espíritus y los

Sobre estas líneas, la Escuela Politécnica de París según un grabado de 1843. Fundada por el propio Napoleón y fruto de la reforma educativa inspirada en Francia por los enciclopedistas, en este centro de estudios superiores prendieron con ardor las ideas de Saint-Simon y de ella surgieron numerosos ingenieros, futuros militantes de la secta saint-simoniana y en muchos casos grandes nombres del capitalismo industrial. Alumno de la Politécnica, Comte participó de ese entusiasmo.

dioses, para dar cuenta de los fenómenos naturales; en fin, domina la imaginación.

En el estadio metafísico, en cambio, ya no necesita el hombre recurrir a los dioses o a los espíritus para explicar los hechos o para legitimar las normas morales, estando en condiciones de construir explicaciones abstractas de los fenómenos y de los valores, al tiempo que somete a la crítica, a la negatividad, la anterior concepción del mundo. Comte piensa que, a pesar de todo, la fase metafísica conserva aspectos semejantes a la teológica, como su pretensión de explicación absoluta, su búsqueda de causas últimas [véase texto n.º 1]. No obstante, reconoce que la razón ha sustituido a la imaginación, con lo cual se convierte en antesala necesaria del tercer y definitivo estadio, el positivo. Aquí los hechos sustituyen a los dioses o a las causas ocultas, y la experiencia a la imaginación y la razón especulativa. Los hombres de-

jan de preocuparse por las esencias o naturalezas de las cosas para contentarse con el conocimiento de los fenómenos, sus relaciones, sus leyes. La "filosofía positiva", como en Saint-Simon, es la adecuada al período orgánico, de recuperación de la unidad, que sigue al período crítico, de escisión y fragmentación.

Principios de la concepción comtiana de la historia

En la concepción comtiana de la historia destacan dos principios claves: el de orden y el de progreso [véase texto n.º 2]. Por un lado, la historia deja de ser algo gratuito, que se mueva a capricho de los dioses o los hombres, para aparecer como reino de la necesidad, sometida a leyes que inexorablemente se cumplen.

Este principio de "orden", al que tanta importancia da Comte, se ha atribuido al carácter de su autor y de su época, donde las luchas, la anarquía, el "désorden" parecían reinar por todas partes. Ciertamente, su época mostraba fuertes transformaciones sociales, profundos cambios en la vida pública y privada, en las costumbres y en las relaciones sociales; y, ciertamente, Comte, con Saint-Simon, entendían que en la historia una fase "crítica" va necesariamente seguida de una fase "orgánica".

Todo eso puede ayudar a comprender los deseos del hombre por la unidad y el orden, su pasión por lo orgánico, su insistencia en superar la fase abstracta-negativa para imponer la orgánica-positiva; pero esta explicación psicológica no puede restar mérito a la especulación del filósofo, que vio la historia sometida al orden (necesidad en su desarrollo y unidad armónica en su fin) porque era necesario para hacer una ciencia de la sociedad. Y esto es tanto más importante cuanto que Comte fue realmente el pionero de la sociología científica, con sus grandezas y sus límites.

Comte y la sociología

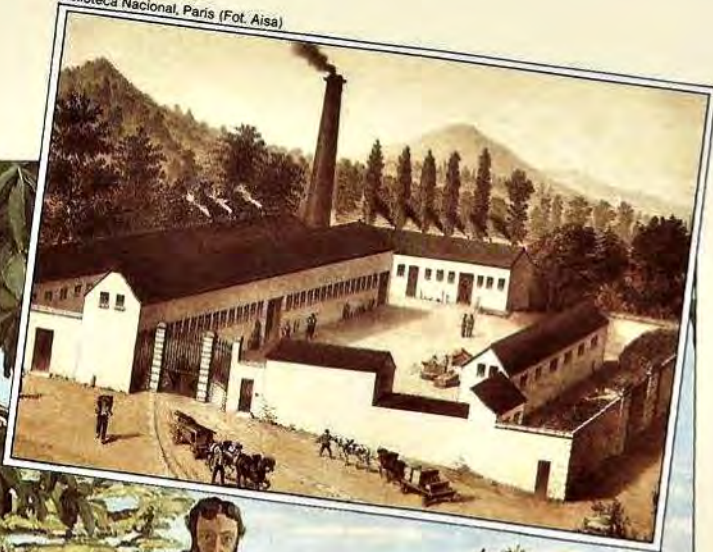
Para hacer posible una ciencia de la sociedad era necesario superar la visión ilustrada y liberal de ésta como simple agregado de individuos. El fragmentarismo ilustrado, cuya armonía resul-



tante era mecánica y no garantizada, le parecía inaceptable a Comte. Con tal idea, la pretensión de elaborar una ciencia de la conducta, de una "moral", debía partir de una "ciencia de la naturaleza humana", como habían intentado hacerlo ya Hobbes, Hume, Mill, etc. Pero así se perdían en la "psicología".

A doble página, retrato de una familia burguesa según un óleo de mediados del siglo XIX, obra de Frédéric Bazille; en el recuadro, una fábrica de Braux (Francia), según un grabado de la misma época.

Biblioteca Nacional, Paris (Fot. Aisa)



Elaborada casi totalmente durante la Restauración, la doctrina de Comte nutrió de ideología al industrialismo autoritario del Segundo Imperio, en el que Comte vio realizados algunos de sus sueños.

Para Comte, una ciencia es posible si tiene un objeto propio; la sociedad es un objeto de ciencia si tiene sus propias leyes, su propio orden. Y esto es lo que aporta nuestro autor: la sociedad es como un lenguaje que, si bien en cierta medida es resultado de los hombres que hablan, no es menos cierto que tiene su vocabulario y su gramática

ca, que no están sometidos a la veleidat de los hablantes. Así, la sociedad es irreductible a la suma o mecánica de las voluntades individuales [véase texto n.º 3].

Reconocida la existencia de leyes propias de la sociedad, se justifica la posibilidad de una ciencia que la tenga por objeto. Comte distinguirá en la nueva ciencia, en la sociología, una estática social y una dinámica social, según se preocupen del "orden" social o del "cambio" social.

La "estática social"

Entre las ideas que inspiran su "estática social" destaquemos ésta: los hombres aislados son incomprensibles, por lo que la posibilidad de comprender la conducta humana reside en la perspectiva social. Con ello se implica toda una perspectiva metodológica, que precisamente hoy es muy reivindicada, a saber, lo que podríamos llamar holismo; es decir, la tesis de que los hechos no son comprensibles sin teoría, de que las partes no son comprensibles sin el todo. Y, derivada de ella, la idea de la sociedad como un organismo, con sus órganos o instituciones, cuyo funcionamiento armónico da vida al todo, cuya disfuncionalidad parcial altera la de la totalidad, etc.

Con ello Comte inspirará al posterior funcionalismo, aunque su idea tal vez fuera más rica. Efectivamente —y aquí se distanciaba de su maestro Saint-Simon—, la sociedad necesita de la armonía de sus órganos para su adecuado funcionamiento; insistiendo en ello, y no en el conflicto, Comte reforzará su posición conservadora y el organicismo acabará devorándolo.

Además, y dado que para él la sociedad es fundamentalmente espíritu, la armonía de sus instituciones o partes quiere decir consenso, aceptación consciente. De esta forma se aleja de una visión "positiva" de la sociedad para reincorporar la vieja idea de "unidad moral", unidad de sentimientos, de amor, de lealtades, de respeto...

Ciertamente, el orden así conseguido es el propio de la servidumbre voluntaria; la unidad así conquistada es la de una comunidad religiosa. Su "organicismo" nada tiene que ver con la simple mecánica social de las fuerzas económicas de su

maestro, sino que deja paso a ciertas ideas de Tocqueville y del liberalismo conservador francés, cuando no del propio Burke [véase texto n.º 4].

La "dinámica social"

Si la "estática social" lleva a Comte en la dirección mística, la "dinámica social" le permite afirmar una visión linealista de la historia que agrada mucho a la posteridad. Según ella, todas las sociedades pasan necesariamente por las mismas fases, con lo cual no es necesario estudiar cada una de ellas para obtener la teoría de la sociedad: es suficiente con conocer la más desarrollada.

Hoy sabemos los desmanes que se han llevado a cabo con las culturas de los pueblos "no desarrollados" en nombre de la justa causa, de ayudar a su desarrollo, de acelerar su parto; pero sería injusto hacer a la teoría responsable del uso que de ella se ha hecho. En realidad tendría una fuerte incidencia en el desarrollo de la ciencia social, incluido Marx.

Otro rasgo o presupuesto de la dinámica social de Comte es que, en ese avance de los pueblos, desfasado pero isomorfo, todos y cada uno de los niveles de los mismos (industrial, artístico, intelectual, político...) avanzaban al mismo ritmo, de manera sincronizada e interdependiente. Ciertamente, esta tesis también implicaba una economía para la ciencia social: bastaba seguir de cerca la evolución de un determinado nivel para conocer los otros.

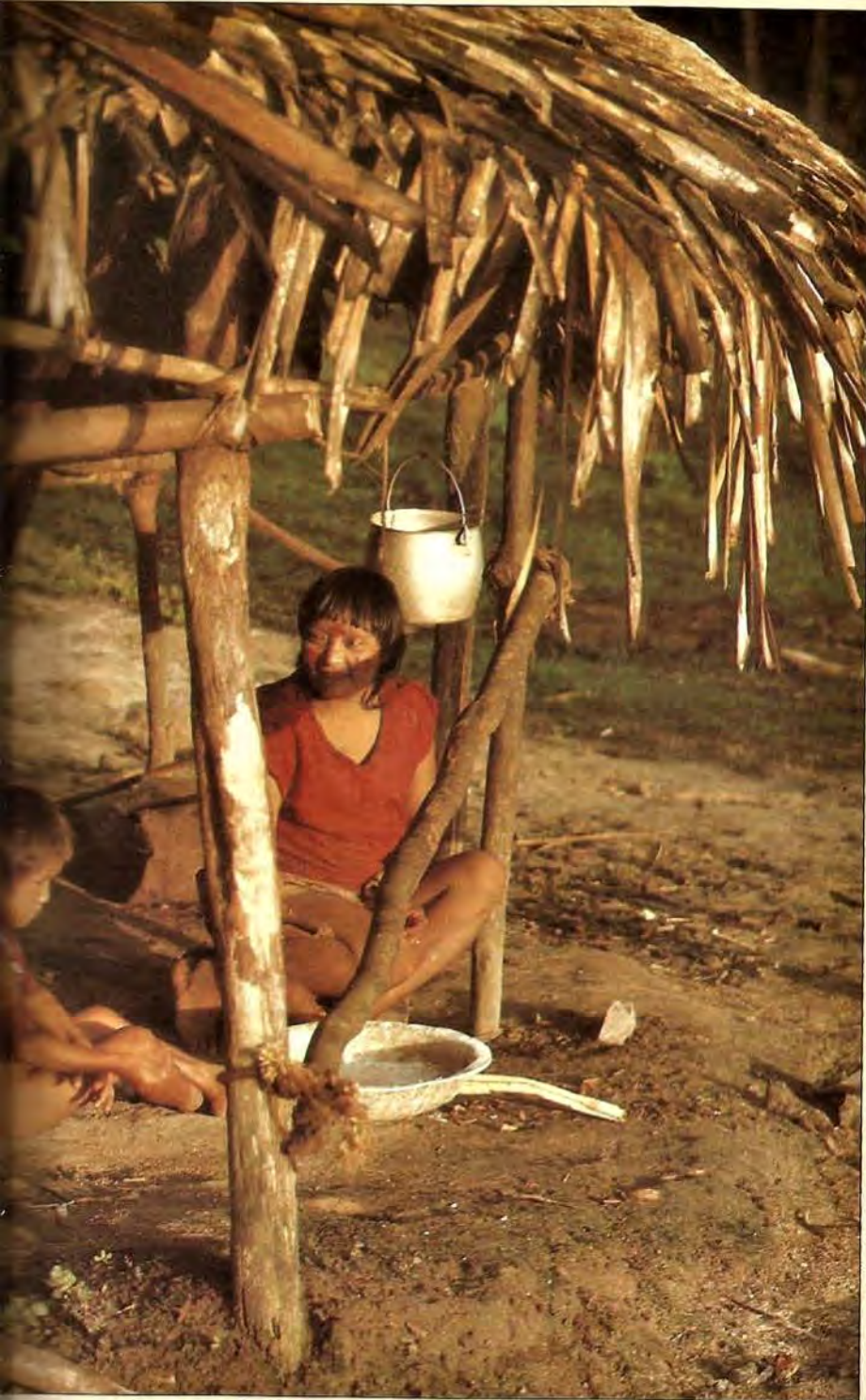
El pensamiento como clave de la historia

Claro está, Comte iba a elegir, como Hegel, el más conocido: el del pensamiento. No es sorprendente que Comte elija siempre el "pensamiento" como clave interpretativa de la historia de la sociedad. Como hemos visto, la sociedad es para él una "unidad moral", una realidad espiritual. Por otro lado, en el siglo XIX, tanto en el positivismo como en el liberalismo, la tesis ilustrada de que el cambio social era efecto del avance de las ideas, de que el progreso era fundamentalmente progreso del saber y de sus aplicaciones, no era puesta en duda.

Fotografía de una tribu indígena de Brasil: los útiles que emplean dan testimonio de la penetración en su cultura de elementos procedentes de culturas más avanzadas. Según Comte, todas las sociedades pasan necesariamente por los mismos estadios, con lo cual no es obligatorio estudiar todas las sociedades para obtener una teoría de la sociedad; basta con estudiar las más desarrolladas. La utilización de esta idea ha inspirado o justificado la aceleración del proceso de desarrollo de sociedades culturalmente "atrasadas" según los patrones occidentales; aceleración que en la mayoría de los casos ha supuesto el genocidio de pueblos indígenas o la destrucción de su cultura. La teoría social de Comte fue duramente atacada por Marx y por Proudhon, quienes, a la vez, demostraron abiertamente su admiración por Saint-Simon. «Adopto una posición totalmente hostil hacia Comte; como hombre de ciencia me merece una muy pobre opinión», dijo Marx. Por su parte, Proudhon, que demostró siempre una extrema antipatía intelectual hacia Comte, escribió: «La lectura de este animal de Auguste Comte, el más pedante de los sabios, el más débil de los filósofos, el más vulgar de los pensadores, el más insostenible de los escritores, me subleva.»



(Fot. Aisa)



Esta importancia del desarrollo del saber, sincrónico y en la base del desarrollo de los demás niveles sociales, llevó a Comte a preocuparse por un tema muy importante en la historia de la filosofía: el de la clasificación de las ciencias. Reconocida la evolución del pensamiento a través de los estadios, se introducía el carácter histórico de los saberes científicos. Si esa historia tiene un orden, una necesidad, hay que establecer las causas de esa evolución, las leyes de sucesión y jerarquización de las ciencias: sucesión y jerarquización, pues al orden temporal de aparición correspondía un isomorfo orden de subordinaciones o dependencias.

El orden histórico de las ciencias

Comte establecerá el siguiente orden histórico: matemáticas, astronomía, física, química, biología y sociología. Tal es el orden de subordinaciones, pues el saber de un nivel se apoya en el anterior, constituyendo en conjunto una totalidad orgánica. Los criterios que usa son el de simplicidad y el de generalidad; el avance del espíritu ha sido de lo más simple y general a lo más complejo y particular, de la matemática a la sociología. La dirección del espíritu ha sido también un proceso que se ha desplazado desde el interés por lo exterior hacia el interés por uno mismo, de los fenómenos cósmicos al individuo humano. Y es natural que así fuera, según Comte, ya que los dominios particulares de la realidad están sometidos a las leyes generales de su especie, o reino, además de estarlo también a las leyes específicas. Es decir, el ser humano como ser vivo es objeto de la biología; como cuerpo, objeto de la mecánica... Las ciencias han avanzado, por tanto, del estudio de las leyes más generales a las leyes más específicas. Era su orden lógico.

En su clasificación siempre se echa en falta la psicología. Comte pensaba que la psicología o bien era experimental, frenología, en cuyo caso sería una parte de la fisiología, incluida en la biología, o bien era una ciencia con objeto propio, la "psique", en cuyo caso no correspondía al estadio positivo, sino al teológico o metafísico, por su objeto fantasma. Pero Comte se quedó solo en su siglo rechazando la psicología.



Museo del Risorgimento, Roma (Fot. Bevilacqua / Aisa)

También está ausente la economía política, que en su época era un saber apasionante. Comte no desconocía esta materia; si la excluyó fue debido a que, en su perspectiva holística, no le parecía correcto desligar la economía de los demás aspectos sociales. Es decir, la economía política quedaría como parte de la sociología.

Filosofía de la historia

Junto a esa filosofía de la historia y a esa clasificación de las ciencias, hay en la obra de Comte abundantes reflexiones concretas sobre el método científico, sobre la moral, el gobierno, etcétera, que aquí no podemos ni resumir. Su *Système de politique positive* expresa su añoranza de unidad y orden. De su filosofía de la historia extrae la conclusión de que «los vivos están siempre, y cada vez más, gobernados por los muertos: tal es la ley fundamental del género humano». Pero Comte, en lugar de rebelarse contra la presencia de la historia y reivindicar el derecho de los vivos a hacer su propia historia, acentúa su apoyo al «consenso», que acaba siendo una llamada al «consentimiento». Así, insistirá en que el positi-

En esta página, retrato de Napoleón III, cuyo ascenso al poder colmó los deseos de Comte.

Aunque algo limitada, la influencia del comtismo en la propia Francia fue profunda, especialmente en personalidades de la talla de Taine y Maurras. Quizá sea aventurado suponer que Napoleón III, o bien sus ministros, tomaran como guía de su actuación las ideas de Comte; no obstante, en ciertos aspectos, el comtismo se convirtió en la filosofía oficial del Segundo Imperio, cuyo autoritarismo se veía apuntalado por la idea comtiana de que la finalidad política consiste en convertir a todos los ciudadanos en funcionarios sociales, enteramente subordinados al poder. La «política positiva» de Comte exigía la más completa sumisión y afirmaba la supremacía del orden sobre el progreso. Por eso Stuart Mill pudo escribir que el positivismo era un puro sistema de despotismo, a la vez temporal y espiritual. «El positivismo sólo admite deberes, en todos, para con todos. Todo derecho humano es tan absurdo como inmoral», escribió Comte.

vismo no puede reconocer al hombre derecho natural alguno. Todo derecho humano, por apoyarse en la individualidad, es tan absurdo como inmoral.

La «religión universal»

Si su *Sistema de política positiva* o *Tratado de sociología* que instituye la religión de la humanidad (1851) expresa la posición de un Comte desdichado hacia el conservadurismo, apoyando la llegada al poder de Louis Bonaparte, su *Catéchisme positiviste* (1852), en que vuelve a exponer en resumen la «religión universal» en trece diálogos entre una mujer y un sacerdote de la «Humanidad», parece renunciar al noble proyecto de reforma social para limitarse a fortalecer la cristalización de la «Iglesia positivista» [véase texto n.º 5].

Aunque esta huida se suele explicar por sus desventuradas relaciones con una dama, Clothilde de Vaux, no podemos olvidar que otros muchos saint-simonianos siguieron la misma pendiente sin ser empujados por el desaire amoroso. Lo cierto es que la sociedad pasó a llamarse por Comte el «Gran Ser» y él a considerarse su «sumo sacerdote».

Tras haber descubierto los secretos de la historia y, sobre todo, su implacable «orden», fue incapaz de aceptarlo, fue incapaz de comprender las luchas, la disfuncionalidad, como pasos necesarios de ese «orden» de la historia. Soñó con el triunfo del espíritu positivo y éste no llegó, se retrasó o era otra cosa que la soñada; y en lugar de ser fiel a sus principios metodológicos positivistas, de partir de los hechos, de someter siempre a revisión las teorías, es decir, en lugar de seguir en el interminable camino de los conocimientos provisionales y revisables, como se deducía de su doctrina, prefirió —tal vez ya vencido por la paranoia— convertir una doctrina esencialmente metodológica en una metafísica positivizada. No obstante, influyó poderosamente y de forma definitiva en el pensamiento de nuestra época.

José Manuel Bermudo
Profesor de historia de la filosofía
en la Universidad de Barcelona



A la izquierda, retrato de Clothilde de Vaux, por Antoine Etex (1854); arriba, una caricatura de Comte. Tras un matrimonio desgraciado con una prostituta, el filósofo conoció en 1845 a Clothilde, cuyo marido estaba condenado a prisión de por vida. La muerte de Clothilde al cabo de sólo un año de relación no apaciguó la pasión que Comte sentía por ella, inspiradora, si hemos de creerle, de la "religión de la humanidad", que el filósofo elaboró en la última etapa de su vida. En dicha religión, que significó el desplazamiento del pensamiento de Comte desde la fase filosófico-científica a la fase filosófico-mística, Clothilde tuvo un puesto de particular relieve: fue la «mediadora entre el Ser Supremo y su sumo sacerdote». Resulta ocioso añadir que ese sumo sacerdote no era otro sino el propio Comte. A muchos críticos les parece inoportuno, sin embargo, ver en Clothilde la causa que llevó a Comte a instituir una nueva religión, que no sería más que el final lógico de todo su pensamiento.

mente. La metafísica no es, pues, realmente, en el fondo, más que una especie de teología gradualmente enervada por simplificaciones disolventes, que la privan espontáneamente del poder directo de impedir el despliegue especial de las concepciones positivas, conservándole siempre, sin embargo, la aptitud provisional para mantener un cierto e indispensable ejercicio de generalización, hasta que pueda, por fin, recibir mejor alimento. Según su carácter contradictorio, el régimen metafísico u ontológico está siempre situado en la inevitable alternativa de tender a una vana restauración del estadio teológico, para satisfacer las condiciones de orden, o bien llegar a una situación puramente negativa, a fin de escapar al opresivo imperio de la teología. Esta oscilación necesaria, que ahora no se observa más que frente a las más difíciles teorías, ha existido igualmente en otro tiempo, a propósito de las más sencillas, mientras ha durado su edad metafísica, en virtud de la impotencia orgánica que pertenece siempre a tal manera de filosofar. Si la razón pública no la hubiera rechazado desde hace largo tiempo para ciertas nociones fundamentales, no se debe temer asegurar que las insensatas dudas que suscitó, hace veinte siglos, sobre la existencia de los cuerpos exteriores, subsistirían aún esencialmente, porque nunca las ha disipado con certeza por ninguna argumentación decisiva. Se puede contemplar, finalmente, el estadio metafísico como una especie de enfermedad crónica inherente por naturaleza a nuestra evolución mental, individual o colectiva, entre la infancia y la virilidad.» (Discurso sobre el espíritu positivo.)

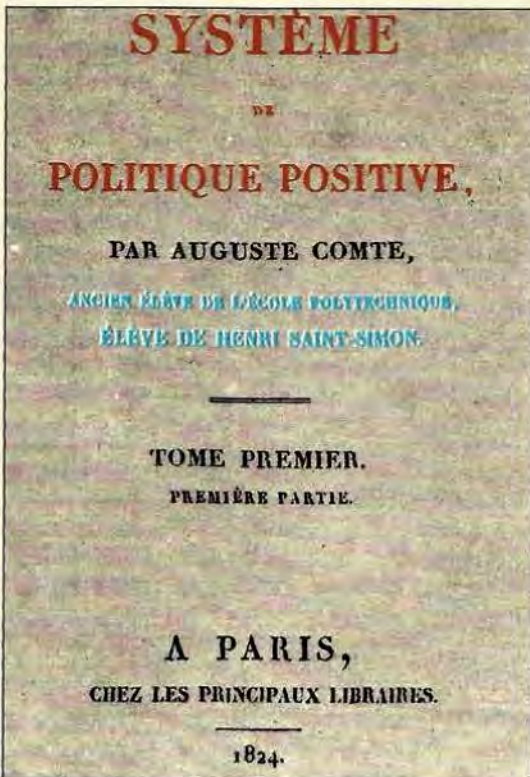
TEXTOS DE COMTE

1. La fase metafísica

«Para comprender mejor, sobre todo en nuestros días, la eficacia histórica de tal aparato filosófico, importa reconocer que, por su naturaleza, no es susceptible más que de una mera actividad crítica o disolvente, incluso mental, y, con mayor razón, social, sin poder organizar nunca nada que le sea propio. Radicalmente inconsecuente, este espíritu equívoco conserva todos los fundamentos principales del sistema teológico, pero quitándoles cada vez más aquel vigor y fijeza indispensables a su autoridad efectiva; y en una alteración semejante es en donde consiste, en efecto, desde todos los puntos de vista, su principal utilidad pasajera, cuando el régimen antiguo, mucho tiempo progresivo para el conjunto de la evolución humana, se encuentra, inevitablemente, llegado a aquel grado de prolongación abusiva en que tiende a perpetuar indefinidamente el estado de infancia que primero había dirigido tan feliz-

2. Orden y progreso

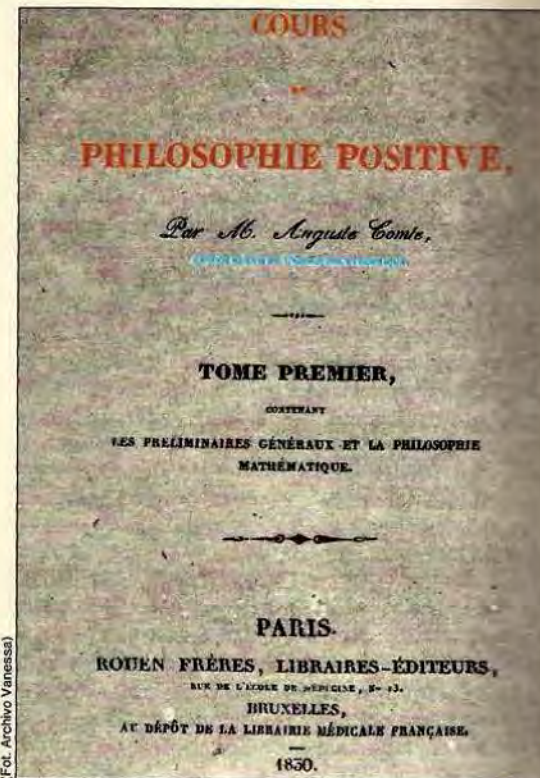
«Por lo pronto, no se puede desconocer la aptitud espontánea de una filosofía semejante para constituir directamente la conciliación fundamental, aún buscada tan en vano, entre las exigencias simultáneas del orden y del progreso, puesto que le basta, a estos efectos, extender hasta los fenómenos sociales una tendencia plenamente conforme con su naturaleza, y que ha hecho ahora muy familiar en todos los demás casos esenciales. En una cuestión cualquiera, el espíritu positivo lleva siempre a establecer una exacta ar-



(Fot. Archivo Vanessa)

En esta página, a la izquierda, portada de la obra de Comte Sistema de política positiva, que apareció en 1824. En realidad, es la segunda edición de una de las primeras obras de Comte, titulada inicialmente Plan de trabajos científicos necesarios para reorganizar la sociedad, que había publicado en 1822 y que Saint-Simon incluyó como parte de su Catecismo de los industriales, sin indicar el nombre de Comte, lo que se convirtió en uno de los motivos de la ruptura entre ambos.

A la derecha, portada del primer tomo del Curso de filosofía positiva, publicado en 1830; los cinco tomos restantes aparecieron a lo largo de doce años hasta 1842. En esta obra recogió las lecciones de un curso que empezó a dictar en 1826 y al que asistían personalidades de gran talla científica, como Humboldt, Blainville, Poisson y Carnot. El éxito de su curso no le valió, sin embargo, para ingresar como profesor en la Escuela Politécnica, una de las grandes y fracasadas ambiciones de su vida. Comte sostenía que era una venganza de los "matemáticos", quienes no le perdonaban que en el primer volumen del Curso hubiera sostenido que las matemáticas no podían nunca constituir una disciplina que unificara todos los saberes científicos.



(Fot. Archivo Vanessa)

monía elemental entre las ideas de existencia y las ideas de movimiento, de donde resulta más especialmente, respecto a los cuerpos vivos, la correlación permanente de las ideas de organización a las ideas de vida, y luego, por una última especialización propia del organismo social, la solidaridad continua de las ideas de orden con las ideas de progreso. Para la nueva filosofía, el orden constituye siempre la condición fundamental del progreso; y, recíprocamente, el progreso se convierte en el fin necesario del orden: como en la mecánica animal, el equilibrio y el progreso son mutuamente indispensables, como fundamento o destino.» (Discurso sobre el espíritu positivo.)

3. Los hechos y sus leyes

«La lógica especulativa había consistido hasta entonces en razonar, con más o menos sutileza, según principios confusos que, no ofreciendo prueba alguna suficiente, suscitaban siempre disputas sin salida. Desde ahora reconoce, como regla fundamental, que toda proposición que no puede reducirse estrictamente al mero enunciado de un hecho, particular o general, no puede ofrecer ningún sentido real e inteligible. Los principios mismos que emplea no son ya más que ver-

daderos hechos, sólo que más generales y más abstractos que aquellos cuyo vínculo deben formar. Por otra parte, cualquiera que sea el modo racional o experimental, de llegar a su descubrimiento, su eficacia científica resulta exclusivamente de su conformidad, directa o indirecta, con los fenómenos observados. La pura imaginación pierde entonces irrevocablemente su antigua supremacía mental y se subordina necesariamente a la observación, de manera adecuada para constituir un estado lógico plenamente normal, sin dejar de ejercer, sin embargo, en las especulaciones positivas un oficio tan principal como inagotable para crear o perfeccionar los medios de conexión, ya definitiva, ya provisional. En una palabra, la revolución fundamental que caracteriza a la virilidad de nuestra inteligencia consiste esencialmente en sustituir en todo, a la inaccesible determinación de las causas propiamente dichas, la mera investigación de las leyes, es decir, de las relaciones constantes que existen entre los fenómenos observados. Trátese de los efectos mínimos o de los más sublimes, de choque y gravedad como de pensamiento y moralidad, no podemos verdaderamente conocer sino las diversas conexiones naturales aptas para su cumplimiento, sin penetrar nunca el misterio de su producción.» (Discurso sobre el espíritu positivo.)

4. Sumisión al orden

«El dogma fundamental de la religión universal consiste, pues, en la existencia demostrada de un orden inmutable, al cual están sometidos los hechos de todas clases. Este orden es, a la vez, objetivo y subjetivo; en otros términos, concierne igualmente al objeto contemplado y al sujeto contemplador. Las leyes físicas suponen, en efecto, leyes lógicas, y recíprocamente. Si nuestro entendimiento no siguiese espontáneamente regla alguna, jamás podría apreciar la armonía exterior. Siendo el número más simple y más poderoso que el hombre, la regularidad de éste sería aún menos conciliable con el desorden de aquél. Toda ley positiva descansa, pues, en esta doble armonía entre el objeto y el sujeto.

«Un orden tal no puede ser sino hecho constar, jamás explicado. Suministra, por el contrario, la única fuente posible de toda explicación racional, que consiste siempre en hacer entrar en las leyes generales cada hecho particular, susceptible desde este punto de una previsión sistemática, único fin característico de la verdadera ciencia. Así el orden universal fue largo tiempo desconocido, en tanto que prevalecieron las voluntades arbitrarias, a las cuales se debió en un principio atribuir los fenómenos de toda especie. Pero una experiencia sucesivamente reiterada y nunca desmentida le hizo al fin reconocer, a pesar de las opiniones contrarias, por los más simples hechos, de donde la misma apreciación se extendió gradualmente hasta los más complejos. Solamente en nuestros días ha penetrado esta extensión en su último dominio, representando así los más eminentes fenómenos de la inteligencia y de la sociabilidad como sujetos siempre a leyes invariables, que muchos talentos bien cultivados niegan todavía. El positivismo resulta directamente de este descubrimiento final, que, completando nuestra larga investigación científica, terminó necesariamente el régimen preliminar de la razón humana.» (Catecismo positivista.)

5. La "religión positiva"

«Bajo la universal preponderancia del punto de vista humano, una síntesis subjetiva pudo así

En esta página, portada de la primera edición de una de las obras más singulares del período filosófico-místico de Comte: el Catecismo positivista. Como puede apreciarse en la letra menuda de este frontispicio, el lema comtiano de esta época era: «El Amor como principio; el Orden como base. Y el Progreso como fin.» Comte había sustituido el deber por el amor como principio sustentador de sus ideas de orden y progreso. Comte trató de justificar racionalmente el hacer culminar el espíritu positivo en una religión de la humanidad. Según su concepción, hay en los hombres tres dimensiones fundamentales que atender: el pensar, el actuar y el amar. Las dos primeras son satisfechas por la filosofía, las ciencias y la política positivas. Pero la última, que implica una tensión entre el espíritu y el corazón, sólo puede ser colmada por la religión, en la que predomina el amor, «el único principio universal de una síntesis completa», según Comte.

Bibliografía básica

- L. LÉVY-BRUHL: *La philosophie d'Auguste Comte* (París, 1900).
- J. LACROIX: *La sociologie d'Auguste Comte* (París: PUF, 1973).
- G. GURVITCH: *Auguste Comte, Karl Marx et Herbert Spencer* (Buenos Aires, 1970).



(Fot. Archivo Vanessa)

construir, por fin, una filosofía verdaderamente inquebrantable, que llevó a fundar la religión final, tan pronto como el desarrollo moral hubo completado la renovación mental. Desde entonces se admira la Edad Media, apreciando al par mejor la antigüedad. La cultura del sentimiento fue radicalmente conciliada con la de la inteligencia y la de la actividad.

«Todos los corazones nobles y todos los grandes entendimientos, siempre de hoy más convergentes, creen así terminada la larga y difícil iniciación que debió sufrir la Humanidad, bajo el imperio siempre decreciente del teologismo y de la guerra.

«El movimiento moderno deja de ser radicalmente absurdo. Su progresión positiva se muestra en él, por fin, capaz de satisfacer todas las exigencias, intelectuales y sociales, resultadas de su progresión negativa, no solamente para el porvenir, sino también en cuanto al presente, del cual no he debido aquí ocuparme. Doquiera lo relativo sucede irrevocablemente a lo absoluto, y el altruismo tiende a dominar al egoísmo, en tanto que una marcha sistemática reemplaza a una evolución espontánea. En una palabra, la Humanidad sustituye definitivamente a Dios, sin olvidar jamás sus servicios provisionales.» (Catecismo positivista.)

